

movimiento de pies ó manos, cayó postrado como haciendo oracion. Así murió sin señal alguna de debilidad la mas natural, el valeroso defensor de la Iglesia, en 29 de Diciembre de 1170, á los cincuenta y tres años de su edad. Sus propios asesinos quedaron como asombrados, y huyeron inmediatamente luego que acabaron de consumir su delito. Sin embargo, los monges de Cantorberi temiendo que volviesen á insultarle despues de muerto, le enterraron secretamente: halláronle debajo de los hábitos un áspero cilicio, y lo que no tenia egemplo calzones de la misma materia.

A la primera noticia de este atentado quedó toda la ciudad consternada: un pueblo inmenso corrió á recoger la sangre del mártir, ungiéndose con ella los ojos y tiñendo sus vestidos para guardarlos como reliquias. Bien pronto se esparció por todas partes la veneracion del santo mártir con la fama de los milagros obrados en su sepulcro. Todos los estados del Rey Enrique de una y otra parte del mar, exceptuando los mas fogosos realistas; el Rey Luis, toda la Francia, y el Sumo Pontífice, no pudieron oír sin indignacion este asesinato sacrilego (1). El mismo Enrique se abandonó casi á la desesperacion. Sospechando el designio de los asesinos, habia despachado inmediatamente una orden prohibiendo toda violencia contra la persona del arzobispo; pero ya el golpe estaba dado cuando llegó el mandato (2). Apenas fue

(1) *Hist. Angl. Hum.* vol. 1. (2) *Gesta post. mart.* cap. 1.

instruido del hecho, se prohibió por espacio de tres dias la entrada en la iglesia, no quiso ver á nadie, y solo tomó un poco de leche de almendra, á que redujo todo su alimento. Envió muchos de sus clérigos á los monges de Cantorberi, que formaban todo el clero de esta iglesia, para que protestasen en su nombre de su inocencia y de su dolor; declaró que la conspiracion era una maniobra infernal, calificó á los conjurados de mónstruos, de vasallos detestables y oprobio de su reino; y se reprendió mil veces á sí mismo con lágrimas en los ojos de la imprudencia que habia cometido, dejando escapar la proposicion que armó el brazo de los asesinos.

Apresuróse á enviar á Roma para disculparse del asesinato, y someterse á todo cuanto el Papa ordenase contra el arrebató que le habia causado. Mil gritos de execracion habian llegado ya á aquella ciudad: todo el occidente pedia justicia del enorme sacrilegio cometido en la persona del mas ilustre de sus prelados. Los diputados de la iglesia de Cantorberi enviados con diligencia para dar sus quejas á la santa Sede: Guillermo, arzobispo de Sens, mas respetable todavía por sus virtudes que por la nobleza de su origen, aunque era hijo del conde de Champaña, amigo constante del santo mártir, y encargado para su defensa de la legacion de Inglaterra: su hermano Tibaldo, conde de Blois, el Rey Luis el jóven, y una infinidad de Príncipes y obispos solicitaban la reparacion de este escándalo en los términos mas urgentes. „Un cristiano que está tranquilo á vista de este

ultrage hecho á la Iglesia, escribia Luis (1), es un traidor á su Religion, y se hace formalmente ingrato á Dios. Estinguir esta lumbrera brillante de la Iglesia, y matar el Mártir, cuyos milagros publican altamente la causa por la cual ha muerto, es haber herido á Jesucristo en el objeto mas delicado de su amor. Vuestro brazo, Santo Padre, está armado de la espada apostólica: toda la Iglesia reclama vuestra venganza, mas por sí misma que por él."

El Papa quedó tan turbado, que en ocho dias los mismos romanos no se atrevieron á acercarse á su persona. Se reprendia de no haber defendido á Tomás con bastante vigor, y se lamentaba de la flaqueza humana que no conoce á los Santos hasta despues de su muerte. Prohibió que se permitiese á cualquiera inglés llegar á él, y todos sus negocios quedaron suspensos. No obstante, los embajadores de Inglaterra, en número, segun dicen, de mas de cincuenta, hicieron tanto por sus mediadores, que obtuvieron audiencia. Pero cuando se presentaron y pronunciaron el nombre del Rey Enrique, *deteneos, deteneos*, exclamó toda la corte romana, y un estremecimiento de horror se apoderó de toda la asamblea. Ellos dijeron que el Rey prometia sujetarse á cualquiera penitencia que se juzgase á propósito, y obedecer generalmente en todo cuanto tuviese por conveniente ordenar el Sumo Pontífice. El Papa antes de resolver cosa alguna, quiso enviar legados á Normandía para que examinasen lo mas pronto que fuese posible las

(1) *Barois. ad ann. 1171.*

circunstancias del crimen, y asegurarse mejor de la sumision del Rey.

Enrique para separar de sí las ideas funestas que le atormentaban noche y dia, habia pasado á Irlanda, cuya conquista le habia permitido hacer catorce años antes el Papa Adriano. Sometió los Reyes de Corc, de Limeric, de Oxeria y de Mida. Los arzobispos de Armac y de Dublin, seguidos de veintiocho obispos, le prestaron juramento de fidelidad, y en su persona á todos los Reyes de Inglaterra sus sucesores. Arregló el gobierno del pais, é hizo celebrar un concilio en Cassel para ordenar especialmente los bautismos y los matrimonios, en los cuales se habian introducido muchos abusos y supersticiones. Habiendo concluido todos estos negocios en seis meses, fue á juntarse con los legados en la abadía de Savigni, cerca de Avranches. Juró en su presencia sobre los Evangelios que no habia mandado ni permitido la muerte del arzobispo Tomás. Añadió, que luego que la supo le causó mas afliccion que la que le habia causado la muerte de su propio hijo; que se acusaba no obstante, y se arrepentia amargamente de haber dado ocasion por la irritacion y la cólera que manifestó contra el santo prelado: que en reparacion de esta culpa enviaria inmediatamente doscientos caballeros á la defensa de la tierra santa: que él mismo se cruzaria por tres años, á menos que el Papa no tuviese por conveniente esta espedicion: que volveria á la iglesia de Cantorberi todas sus tierras y bienes sobre el pie en que las poseía un año antes que el

arzobispo padeciese su desgracia: que permitia que en adelante se apelase libremente á la santa Sede; en fin, que desterraba absolutamente de todos sus estados las costumbres ilícitas que él habia establecido. Además de esto le prescribieron los legados ayunos secretos, limosnas y otras obras de penitencia. Enrique lo aceptó todo con la mas perfecta sumision; despues de lo cual dijo delante de todos: „señores legados, mi persona está en vuestras manos, estoy pronto á todo cuanto gustéis añadir:” lo que enterneció de tal modo á los que estaban presentes, que no pudieron contener las lágrimas. El jóven Enrique prometió por su parte obligarse bajo el mismo juramento que el Rey su padre, y hacer la penitencia si la muerte ú otro accidente no se la permitiese cumplir.

55. Multiplicándose de dia en dia los milagros en el sepulcro del santo Mártir, el Papa Alejandro hizo constar por testimonios irrefragables lo que todo el mundo publicaba. Fundado en estas pruebas, y en las de todas las virtudes heróicas del Santo, dos años y dos meses á lo mas despues de su muerte, fue canonizado solemnemente conforme á los deseos de todo el orbe cristiano, en 21 de Febrero de 1173, é instituida su fiesta como la de un mártir célebre en toda la Iglesia católica, y esta la observa todavía. En el año siguiente, San Bernardo, que habia fallecido cerca de veinte años antes, fue igualmente canonizado como todo el mundo cristiano lo deseaba tiempo habia.

56. En el discurso de los tres años que siguieron

á la muerte del Santo, la mano de Dios se descargó visiblemente sobre los cuatro asesinos. Despedazados por los remordimientos, luego que hubieron consumado su atrocidad, no se atrevieron á volver á la corte, en la que habian pretendido servir; se retiraron á una tierra distante que pertenecia á uno de ellos en la estremidad occidental de Inglaterra. El deshonor que traían impreso en la frente no pudo ocultarlos, y fueron un objeto de horror para las gentes del pais. Las personas mas ordinarias no querian comer ni hablar con ellos; y echaban las sobras de su comida á los perros, los que no se llegaban á ellas segun cuentan los autores contemporáneos (1). Habiendo llegado á hacerse insoportables á sí mismos, fueron á ponerse á discrecion del Papa, el cual les impuso por penitencia la peregrinacion á Jerusalem. Guillermo de Traci fue atacado en Cosenza de Calabria de una enfermedad horrible, en que las carnes se le caían á pedazos, particularmente los pies y las manos. Murió en este estado manifestando un sentimiento sumo de su delito, é invocando sin cesar al nuevo mártir. Sus tres cómplices aportaron á Palestina; pero murieron casi inmediatamente con las mismas agitaciones de conciencia. Enterráronlos delante de la puerta del templo, y grabaron este epitafio sobre su sepulcro: *aquí yacen los desgraciados que martirizaron al bienaventurado Tomás, arzobispo de Cantorberi.*

Parece que el Señor no quedó satisfecho con esto (1) *Rogir. Anal. pag. 522.*

tas reparaciones subalternas. En su riguroso tribunal los Soberanos son responsables de los pecados, á los cuales sus pasiones ó su sola negligencia han dado lugar. Enrique II no obstante haber desaprobado tan auténticamente el asesinato, fue el blanco de los golpes mas sensibles que el brazo de la divina justicia suele descargar en este mundo sobre un Príncipe. Sus propios hijos y su esposa Leonor se rebelaron contra él. El Rey de Francia y el conde de Flandes invadieron sus provincias de este lado del mar: Luis penetró en el seno de la Normandía, y puso sitio á la capital. En tanto que el desgraciado Enrique se preparaba para socorrerla, supo que el Rey de Escocia, de acuerdo con los sediciosos de Inglaterra, habia ya penetrado en el reino, y asolaba la Northumbria. Dejó la Normandía, y voló donde la desgracia podia llegar á ser mas fatal.

57. Pero este Príncipe que nunca parecia mas grande que cuando el peligro era estremado, conoció la insuficiencia de sus recursos contra los ministros de la venganza celestial, y la necesidad de desarmarla enteramente. En vez de marchar contra ellos, se encaminó á Cantorberi; y dejando su equipage fuera de la ciudad, se descalzó, vistióse una mala túnica, y se dirigió en silencio á la catedral poniéndose delante del sepulcro de Santo Tomás. Allí sin haber tomado alimento alguno, pasó el resto del dia y toda la noche en oracion, postrado sin alfombra en el suelo. Luego desnudándose las espaldas, quiso que cada obispo de los que estaban presentes y los

religiosos de la comunidad en número de ochenta, le azotasen con varas uno despues de otro. No faltaron burlones insulsos que se divirtieron á espensas del Rey; pero la inesperada mudanza de su primera fortuna les cerró bien pronto la boca. Al dia siguiente de su humilde penitencia, habiendo mandado Enrique que se le dijese misa en honor del santo mártir, en la hora misma en que se celebraba, fue vencido y hecho prisionero el Rey de Escocia por los ingleses que permanecieron fieles. Poco despues se levantó el sitio de Ruan, la paz se restableció entre la Francia y la Inglaterra, todos los proyectos de los enemigos de Enrique fueron desconcertados, su familia solicitó su perdon bajo de aquellas condiciones que tuviese á bien prescribirla. Y en menos de tres meses se vió tan poderoso cual nunca habia sido, y mucho mas tranquilo.

58. Durante los disturbios de Inglaterra, y á pesar de los obstáculos que oponian al celo del Papa Alejandro, mucho mas agitado todavía por la temeridad del Emperador Federico en sostener el cisma, este Pontifice reducido á estrañarse de Roma y á mudar á cada instante de domicilio en el resto de la Italia, no dejó de estender su solicitud mas allá de las regiones sometidas al yugo de Jesucristo (1). Entre los esclavones, tan frecuentemente convertidos como apóstatas, habia la idolatría establecido su último refugio sobre la costa de Pomerania, en la isla de Rugen, tan fortificada por la naturaleza, que pa-

(1) *Helmod. lib. 2. cap. 12.*

recia inaccesible á todo extranjero. Valdemaro, Rey de Dinamarca, constantemente sumiso á la obediencia de Alejandro, á pesar de todos los artificios de Federico para seducirle, halló medio de introducir un fuerte ejército en aquella isla, puso sitio á la capital llamada Arcon, y la tomó por capitulación. Los artículos principales se reducian á que los habitantes abrazarian el cristianismo, y que en testimonio de su sinceridad ofrecerian á las iglesias las tierras consagradas á sus falsos dioses, y que destruirian sus ídolos. El principal llamado Suantovit, era un coloso monstruoso con cuatro cabezas, colocado en un templo magnífico en medio de la ciudad de Arcon, donde le sacrificaban una multitud de animales, y algunas veces hombres. Todo el pais le llevaba tributos considerables en ofrenda, y su pontífice era mucho mas reverenciado que el Soberano. Suantovit, á quien adoraban entonces los esclavones como al primero de sus dioses, no era otra cosa que el mártir San Vito patron de la nueva Corbia, á quien los primeros misioneros de aquel pueblo sacados de esta abadía, habian edificado una iglesia en la isla de Rugen bajo el reinado de Luis el germánico. Para que estos groseros insulares no recayesen de nuevo en la superstición, el Papa Alejandro los encargó al cuidado de Absalon, obispo de Roschilda, cuya diócesi se extendia tambien á aquella isla, y le recomendó con la mayor instancia que velase en su instruccion.

Absalon vino á ser con el tiempo arzobispo de Lunden, por dimision de Esquil, anciano piadoso y

venerable que se retiró al monasterio de Claraval, donde tomó el hábito monástico y acabó santamente sus dias. Fue preciso que el Papa estrechase la modestia de Absalon para que aceptase la silla con la cual conservó la de Roschilda. Este digno prelado, que hacia brillar las virtudes mas puras en aquellas tierras bárbaras, estableció en su diócesi de Roschilda la observancia de Santa Genoveva, en aquel mismo pie de regularidad en que la puso Eugenio III. A este efecto sacó de París al santo canónigo Guillermo, que habia sido uno de los primeros en abrazar esta reforma. Guillermo no dejó de experimentar duras contradicciones en este nuevo establecimiento, de suerte que tres de sus compañeros que le habian seguido, se volvieron á Francia. En fin, su paciencia y su perseverancia triunfaron de todos los obstáculos, y fundó en aquellas tierras bárbaras un segundo monasterio de su instituto. En el discurso de treinta años que fue abad, hizo brillar con mayor esplendor de dia en dia las virtudes heróicas que le han merecido ser contado en el número de los Santos.

Dos cartas hay notables del Papa Alejandro relativas á aquellos climas. En la primera escita á los Reyes de Dinamarca, de Noruega y de Gothia, á reprimir con las armas la ferocidad de los estonienses y de otros paganos de aquellos cantones, y para esto les concede la misma indulgencia que á los peregrinos que visitan el santo sepulcro. Por la segunda de estas cartas dirigida al arzobispo de Upsal y á sus sufragáneos, quiere el Papa que se envien á Roma los

penitentes culpables de ciertas abominaciones que individualiza, á fin de manifestar los excesos á que pueden precipitarse los hombres de disposiciones mas felices, destituidos de las luces de la fe. Algunos observadores hallan aquí el principio de las reservas hechas por el Papa de ciertos casos atroces; pues por lo tocante á las reservas en general, presentan estos mismos una multitud de egemplares antiguos.

59. Desde lo interior del norte volvió el Papa Alejandro sus cuidados hácia las potencias de levante, las mas irritadas contra el nombre cristiano. Llegó hasta mantener relaciones habituales con el sultan de Iconio, y se esforzó en procurar su conversión; mas se ignora cuales fueron las consecuencias de esta empresa. Este Príncipe turco y musulman le habia enviado una embajada con cartas en que le manifestaba mucha inclinacion á la Religion católica. Habiendo llegado á sus manos los libros de Moisés, las profecias de Isaías y de Jeremías, con algunos escritos evangélicos, no pudo leerlos sin percibir rasgos brillantes de la divinidad del cristianismo: pidió al Papa personas capaces de instruirle con mas estension, y Alejandro se dió prisa á aprovecharse de una ocasion tan preciosa. Manifestó sin dilacion al Príncipe musulman cuan agradable le habia sido su demanda, prometió enviarle misioneros cuyas costumbres y doctrina pudiesen edificarle, y le hizo remitir inmediatamente instituciones por escrito.

60. Estas consistian en una esposicion de la fe, particularmente sobre los misterios de la Trinidad y

de la Encarnacion. Hállase entre las obras de Pedro de Blois, como hecha en nombre del Pontífice, lo que induce á presumir que empleó para esta buena obra la pluma de aquel escritor, uno de los mas sabios y mas piadosos de su siglo. Era natural de Blois, de donde le vino el sobrenombre: pasó á Italia en compañía de un señor normando, tio de la Reina Margarita de Sicilia, y fue nombrado preceptor y uno de los ministros del jóven Rey Guillermo II. Mas viendo las revoluciones que afligian al estado y á la Iglesia en un pais mezclado de pueblos insociables, griegos, árabes, lombardos y normandos, se retiró á la corte de Enrique II que le habia llamado á Inglaterra, y murió archidiácono de Londres. Tenemos de él, entre otras obras, dos cartas muy instructivas sobre los acontecimientos de su siglo, concernientes con especialidad á los negocios de Sicilia.

61. Sin embargo, se debe observar por lo que respecta á sus sermones, que se publicaron en su nombre los de Pedro Comestor, otro escritor célebre del mismo tiempo. Este fue natural de Troyes, de donde vino con el tiempo á ser dean, luego cancelario de la iglesia de París, y finalmente se hizo canónigo regular de San Víctor, donde murió dejando en el testamento todos sus bienes á los pobres y á las iglesias. Su historia eclesiástica particularmente le adquirió una reputacion singular. Erigida desde su publicacion en libro clásico, fue mirada durante trescientos años como el depósito público de la teología positiva, y puesta á nivel tanto de la teología